



Puente romano.—Cangas de Onís (Asturias).



Panorámica de la ciudad de Sevilla.



Segovia, a través del acueducto.



El puerto.—Palma de Mallorca.



Monte Igeldo.—San Sebastián.



La venta de Arrui (Navarra).



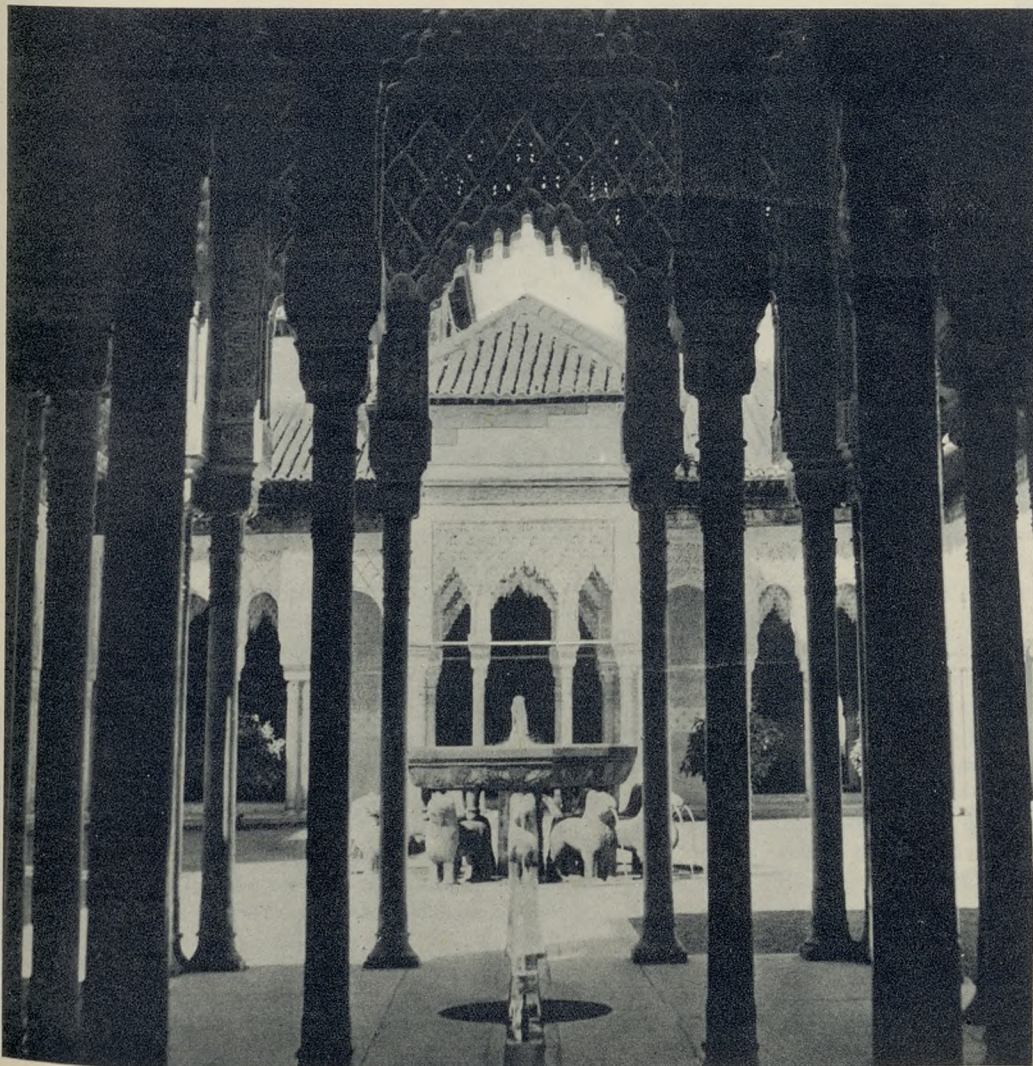
Rondalla manchega.—Valdepeñas.



1.000 "fotos" de ESPAÑA

Por LUIS ALFONSO ORTIZ BILBAO

Patio de los Leones.—La Alhambra (Granada).



CINCO meses... Trece mil kilómetros por barco, avión, ferrocarril y carretera... Y, acaso, mil kilómetros más a pie, día a día y noche a noche, entre museos y catedrales, o a campo traviesa, por las doradas planicies de Extremadura y Castilla, bajo los pinares de la Albufera y Palma de Mallorca, sobre los Picos de Europa y los rojizos montes de Aragón... Unas veces, sintiendo estremecerse el alma con la resonancia de mis pasos en los grandes santuarios de la Historia —Itálica, la Rábida, el Alcázar de Toledo—; otras, dejándola vagar por las regiones del ensueño, como cuando se hundía el sol en las fantásticas rías gallegas o esmaltaba la luna la vega incomparable de Granada.

Así recorrí España. Sin darme un instante de reposo, sin que la fatiga justificase la quietud. Por eso hoy la nostalgia de cuanto vi y la de tanto como no alcancé a ver, por lo menos ignora el remordimiento de haber desperdiciado un solo minuto. Bien sacrificados estuvieron aún sueño y descanso, si a su precio pude recorrer hasta la madrugada Toledo y Avila, Sevilla y Córdoba, Burgos y Santiago y tantas ciudades más del inagotable itinerario de España, que sólo en la alta noche entregan la plenitud de su encanto y la clave de sus múltiples misterios.

Hubo un instante en que, para escoger, tuve a mi derecha Francia y a mi izquierda la porción aun no visitada de la Península: León, Galicia, todo el Norte... La solución integral me era imposible: apenas si disponía de un último mes, y forzoso me era optar por cualquiera de los extremos. ¿Qué mérito puede haber en decir que ni siquiera vacilé? ¡Era tan fácil resolver que no podía mutilar sustancialmente un recorrido que con tanta



Las Platerías.—Santiago de Compostela.



Estatua de Pizarro.—Trujillo.

San Nicolás de la Villa.—Córdoba.



El Palacio del Virrey.—Avila.

felicidad iba cumpliendo! Hoy no tengo la vanidad de poder comenzar toda conversación diciendo: «Cuando estuve en París...»; pero, en cambio, puedo decir sencillamente, con modestia mayor que esa vanidad: «Dios me bendijo permitiéndome conocer toda España.»

¡Conocer toda España! ¡Quién pudiera decirlo verdaderamente! ¡Es tan variada, tan recóndita, tan increíblemente hermosa! Se me escapó, desde luego, Murcia, ¡y Dios sabe cuánto sentí no alcanzar a verla! Pero si se me permite darla por comprendida entre Andalucía y Levante, entonces puedo reiterar, sin miedo a rectificaciones, que ninguna región española se hurtó a mi peregrinar. Peregrinación, sí, porque yo no fui a España en plan de turista inglés, sólo para ver las bodegas de Jerez de la Frontera, o la Semana Santa en Sevilla, o una zambra gitana en las cuevas del Sacromonte. Claro que vi todo eso y mucho más, y, desde luego, me hice decir la buena-ventura por una gitana en la Puerta de la Justicia de la Alhambra; pero al realizar, por fin, mi eterna ilusión de

viajar a España, lo que yo quería, como hispanoamericano orgulloso de su estirpe y su solar, era conocer mi propia tierra en silenciosa y reverente peregrinación.

Por eso, al par que conocerla, me empeñé en conservar aún materialmente su recuerdo. Vieja afición mía hasta entonces sin trascendencia, esta vez la fotografía me sirvió para reemplazar, me atrevo a creer que con ventaja, el diario imposible de escribir. El borrar las más breves notas exige tiempo y descanso, y yo gasté sin reserva alguna todo mi tiempo en la contemplación de tanta hermosura y en el trato de las gentes. Parece que los diarios aspiran a conservar, trocada en frases, la emoción de una jornada, pero ¿lo logran siempre?... ¿No ponemos demasiado de nosotros mismos en el paisaje, el monumento, la persona o las ideas que luego comentamos?... Aparte de que, al correr de los días, toda imagen se esfuma y se diluye, aunque sea para perdurar idealizada en las intimidades del corazón. ¡Quién pudiera, sin riesgo de falseamiento, reconstruir las imágenes imaginándolos! Más eficaz y seguro y

más rico en consecuencias es el procedimiento contrario: guardar la imagen material—aunque tampoco sea la rigurosamente exacta, por carecer del aliento vital con que en un instante dado nos atrajo mágicamente—, y luego, al contemplarla de nuevo con los ojos, sentir cómo brotan otra vez las viejas emociones, tan frescas como ayer, y un poderoso raudal nuevo, que permanecía ignorado y oculto en las profundidades de nuestro ser.

Porque es imposible agotar de una vez las múltiples emociones con que el alma es capaz de reaccionar ante lo que los ojos ven. Frente al paisaje, la obra de arte o la mujer que nos arroban, sentimos sumergirnos tan repentinamente en su hermosura total, que perdemos la noción de los detalles y, más aún, la propia capacidad de análisis. Es, sin duda, la mejor defensa de la belleza, pues quien analiza, filosofa, y quien filosofa, sacrifica la emoción.

En parte, yo la sacrificué de otra manera. Al recorrer España, llevando mi cámara fotográfica, más que como parte esencial de mi equipaje, casi como una indispensable com-



Cascada.—Alhama de Aragón.

El Callejón del Agua.—Sevilla.



Estanque del Retiro.—Madrid.

Playa del Sardinero.—Santander.



pañía humana, evité cuidadosamente el prolongar la emoción con que percibía sus bellezas. Sabía que esos instantes eran fugitivos, sagrados, sin repetición posible. Preferí, sin embargo, ponerme a buscar ángulos, a escoger luces, a componer escenas. Todo en un afán angustioso de retener conmigo lo que de España pudiese retener. Me consolaba con la ilusión de que así no regresaría del todo y de que más tarde, aun a riesgo de exacerbar mis nostalgias, podría detener la mirada, ya no frente a un paisaje ideal, sino frente a los campos, a las calles, a las gentes auténticas, inmortalizados por la magia de un invento en las páginas de un álbum.

Tengo, pues, ahora España en Quito al alcance de mi mano. Y en mi mano está revivir cuando quiero, que lo es siempre, las inolvidables horas que allí pasé. Y si es verdad que sólo la imagen de nuestras madres, cuando ya no podemos verlas personalmente, surge más fiel en el alma precisamente cuando cerramos los ojos, ante los míos desfilan, una por una, en el millar de fotografías que logré

traer conmigo, todas las facciones de ese rostro adorado. Y, al contemplarlas, no solamente surgen, bajo la dorada luz quiteña, otras dormidas imágenes, sino hasta las más sutiles y lejanas melodías: el invisible ruiñeñor persistente de los cármes de Granada..., las ovejas que balan junto al Monasterio de Piedra al compás de los cencerros..., el viento que hurga las grietas de Montserrat..., el pesado carro que desciende por los caminos de Guadalupe..., la rondalla manchega congregada en Valdepeñas..., el concierto de campanas madrugadoras con que Valencia saludaba al Corpus...

¡Y cuántas cosas y personas más desfilan nuevamente junto a mí, avivando la realidad de aquellos cinco meses! Al cruzar, como entonces, paso a paso, de San Sebastián a Tarifa, de La Coruña a Valencia y las Baleares, de Cáceres a Barcelona, de Oviedo a Málaga, ¡cuántos encuentros cordiales y dignos de leyenda! El de aquel caballero andaluz que, por haber cruzado con nosotros unas palabras camino de Huelva y haberse informado de que éramos his-

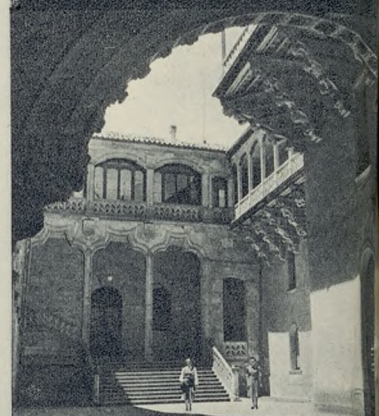
panoamericanos, que luego iríamos a Granada, donde vivía, con tres semanas de anticipación nos ofrecía esperarnos en el hotel a las seis de la tarde del día en que debíamos llegar, sólo por darse el placer de servirnos de guía, y que a las seis en punto de aquel día—¿si sería andaluz?—tomaba posesión de nosotros para no dejarnos en toda nuestra permanencia ni permitirnos gastar una sola perra chica... El de aquel albañil sevillano que, al pedirle la dirección del Archivo de Indias, se apartaba de su propio camino para dejarnos en la puerta y que, al ver cómo insinuábamos una propina—habíamos pasado por New York—, con gesto de rey ofendido nos reprochaba casi amenazante: «¿Y qué se ha figurao er señorito? ¡Vaya usté con Dió!»... El de aquel matrimonio burgalés, modelo de finura y señorío, que, luego de traernos y llevarnos por todas partes—la Cartuja de Miraflores, con el inapreciable recuerdo de su rosario de pétalos de rosa engastados en plata; las Huelgas, Covarrubias, Santo Domingo de Silos, el medroso desfilaro de la Yecla—, nos ofrecía en su casa el más delicioso



Arriba: Detalle de la fachada de la iglesia de San Pablo. Valladolid.—Abajo: Portada del Palacio del Marqués de Dos Aguas. Valencia



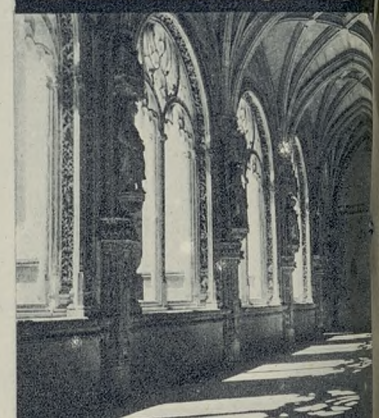
Torres del Alcázar.—Segovia.



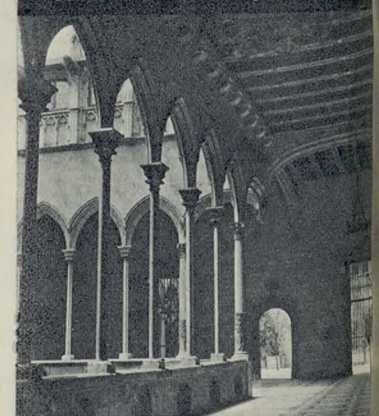
Casa de la Salina.—Salamanca.



Monasterio de Las Huelgas.—Burgos.



San Juan de los Reyes.—Toledo.



La Generalidad.—Barcelona.



Claustro de la Catedral.—León.



cocido castellano que pudiéramos soñar, y que, por remate, nos daba a escoger los obsequios que quisiéramos de todo un muestrario llevado de varios almacenes... El de aquel estudiante barcelonés que durante toda una semana tomó a su cargo, con inapreciable oportunidad y delicadeza, el acompañarnos por su ciudad, inclusive comprándose libros para estudiar de noche lo que de día pudiéramos preguntarle... ¡Tantos y tantos recuerdos de gentes de toda clase, grandes y pequeños, jóvenes y viejos, que tan sólo por natural reacción de su alma cristiana y española parecían conjurarse para abrumarnos con bondades y hacernos sentir más y más nuestra partida de España!

Gracias a estas mil fotografías—mil ocho, para ser exacto—he podido también rechazar definitivamente la duda que me acometiera en los primeros días del regreso, cuando me dió por preguntarme sin cesar: «¿Pero es cierto que yo he estado en España?»... Por no sé qué irónica revancha de la vida diaria, a la que nos hurtamos con un viaje, siempre al volver hemos de preguntarnos atónitos: «Pero, en verdad, ¿nos fuimos alguna vez?»...

Sé muy bien que algunas, quizá muchas, de las fotografías que ahora guardo como un tesoro podría haberlas encontrado, con leves variantes, en los libros y hasta en las más humildes guías de turismo. Pero todas ellas, para mí, adolecen de un defecto consustancial e irremediable: no son mías, con la calidad de filiación que las de mi álbum sí tienen; no fueron hechas por mí en España, distintivo supremo y único, que rodea a las realmente mías con una aureola de perfección, también irremediable, con perdón de los señores fotógrafos profesionales.—(«Fotos» del autor.)